

III

Durante quince días Aurelio Zaldívar se alejó en una vorágine de excesos. Sentía la necesidad de demostrarse que era hombre; sentía la voluptuosidad de cumplir en el lecho muelle y acusador, la armónica ley de la naturaleza. En el transcurso de aquellos días, más de veinte mujeres lo acompañaron. Hubo modistas que entraron con aire de temor y que poco á poco se iban atreviendo á registrar todo; y hubo actrices que arrojaron desde el primer día los abrigos sobre la mesita de té; y hubo infelices mujeres de la calle que penetraron con recelo, y á las que después era necesario hacer callar porque reían á carcajadas.

La portera proyectaba todos los días hacer á Aurelio una observación. Sabía ya la observación de memoria y también el gesto en que había de apoyarla: « Señor Zaldívar, usted ha olvidado la honorabilidad de esta casa... Si siquiera se ocultara usted de los vecinos... Yo

siento mucho tener que hacerle esta reconven-
ción...» Pero siempre, al dudar entre la digni-
dad de ese gesto y el ademán filosófico y afa-
noso de coger las propinas, su mano fué más rá-
pida que sus labios.

Se levantaba al medio día, y á veces la mujer
habíase marchado ya. En ocasiones no la sentía
irse, y algunas mañanas, en ese estado que es
un delicioso paréntesis entre la consciencia y el
sueño, veíalas caminar de uno á otro lado, con
el deseo de no despertarse. La ducha no era
suficiente á aligerarlo de una pesadez que
no estaba sólo en su cuerpo, sino en su
espíritu, en su visión de las cosas presentes y
pasadas. Largo rato quedábase sentado en el
borde de la cama, colgantes los pies y apoyados
en la almohada los codos, y le era necesaria una
flexión violenta de la voluntad para salir de
aquel estado, mitad meditativo, mitad somno-
lente. Ante el espejo comprobaba su delgadez y
las ojeras que ponían en su rostro una sombra
morbosa. Luego de los primeros días se dió
cuenta de que todo era inútil, de que nada bas-
taría á quitar á su casa la personalidad aluci-
nante que le diera su vida anterior. Podían pasar
todas las mujeres de París por entre los dos cor-
tinajes de la alcoba; pero él, al verlos desco-
rrerse con esa solemne gravedad de las telas ri-

cas, veía siempre, á pesar de la realidad, la si-
lueta de mister Velist. Tuvo instantes de deses-
peración en los que, abandonándose á la cólera
lógica y ciega que á veces nos impele contra lo
inanimado, pensó golpear las paredes y disparar
las seis cápsulas de su revólver contra el marco
de aquella puerta, donde las figuras presentes
tenían menos vitalidad que las figuras viciosas
y correctas que deseaba borrar de su recuerdo.
Y llegó á odiar la penumbra de la habitación, y
llegó á odiar al Amor, porque para él, en aque-
llos momentos, el Amor era símbolo de encubri-
miento, de ventanas cerradas á la luz del día y
al silencio amable de la noche: sombra, secreto,
misterio culpable, rubor espiritual que se pone
máscara de cinismo, ojos que no se atreven á
mirar cara á cara.

Al salir, la luz le parecía más blanca, y más
anchas las calles. La brisa que agitaba con mo-
vimientos paralelos las dos filas de árboles de
bulevar, ponía en su frente una caricia incitador-
a y fresca. Y entonces sentíase vacío, pesaroso,
y el alma se le subía á la garganta en una náusea
de la vida de sensualidad. Hubiera gritado sin
sospechar la ilustre coincidencia: «¡Más luz,
más luz!» Cosas puras y sin nombre germina-
ban en su pensamiento; hubiera llorado... Y de
esta complejidad de ternura y de contrición sur-

gía al fin, concreta, el ansia de ser casto y de amar con un amor en el que no tomasen parte la sangre y los nervios á todas las cosas claras que se muestran sin miedo á la luminosidad del día.

Por entre la indiferencia de la multitud paseaba, hasta sentirse rendido, y entonces iba en coche á su estudio, que estaba en el bulevar Pe-raire. En vano quería trabajar; la mano, indócil, engendraba sólo líneas duras, sombras graves. Creyó haber perdido la soltura del trazo, la gracia y la agilidad que habíanle valido algunos elogios y muchas envidias. Además, el pensamiento se negaba á circunscribirse al trabajo, y, escapándose por el ventanal, iba tan pronto á Madrid, tan pronto á casa de Natalia Roca, como á fijarse en algún conocido que luego de haber estado mucho tiempo olvidado, se interponía en el camino de su memoria con tanta inoportunidad como persistencia.

El pensamiento se negaba á encerrarse en los límites del movimiento material. Hubiera pintado un cuadro, escrito una carta á su madre ó á Natalia Roca, dado comienzo á una nueva vida; pero los pinceles, la pluma y la acción le estorbaban. Y prefería estar quieto y solo, realizando todo sin moverse, añadiendo ó quitando detalles con sólo pensar otra vez; sin tener necesidad de borrar ó de volver la espalda á un he-

cho que, como uno de aquellos talismanes con maleficio, se obstinaba en estar siempre delante de él. Y allí, ante el caballete, donde una silueta de mujer esperaba los colores que le diesen vida, sentíase bien, porque la luz era cenital y alumbraba todo, porque los muros claros del estudio nada le reprochaban. Veía con medrosa complacencia que iba sabiendo secretos de la vida: no era ya un niño. Y esta afirmación producíale un sentimiento opuesto al que, al ir á salir de la infancia, hiciérale pensar á cada momento: «Ya soy un hombre».

Cuando algún compatriota venía á interrumpirlo, decíale casi con violencia que iba á salir, ó le daba el papel, los tubos de pintura ó los francos que viniera á pedirle, sin complacerse, como antes, en verlos elogiarle con sordidez hasta caer en una espiral comparable á un vuelo de ave de rapiña, sobre su bolsillo ó sobre sus objetos. Se hubiese dejado robar á condición de que el ladrón se marchara en seguida. Hasta el pintoresco monsieur Argely, silencioso amigo de los artistas que recorría diariamente diez ú once talleres, permaneciendo cordial y mudo en todas las tertulias, le daba la sensación de un obstáculo. Y todo esto para no hacer nada, para recordar: porque se obstinaba en asirse á sus recuerdos lancinantes, como otro cualquiera

más práctico se habría obstinado en vivificar un recuerdo de alegría.

El rutilar de las estrellas ó el frío de las noches brumosas de París, le hacían abandonar su refugio. Y otra vez comenzaba la peregrinación, el afán de retardar el momento de entrar en su habitación, los cafés sin deseos de beber y los teatros con la imposibilidad de divertirse. Una noche llegó á su casa, y al abrir la puerta, una idea vulgar hirió su deseo con tal certeza, que tuvo que decirla en voz alta: « ¡ Si fuera á dormir á un hotel !... » A partir de aquella noche siguió durmiendo en diferentes hoteles de distintos barrios, según donde le rendía la fatiga. Al fin decidió venderlo todo y abandonar la casa. Hombres indiferentes desclavaron los cuadros, la estantería cargada de libros y barros preciosos ; el diván que, como otro lecho, ocupaba todo un testero del saloncito. Cuando vió por el suelo los cojines, los retazos de Damasco y las maderas sin pulir por el lado que habían estado clavadas á la pared, sintió alegría y sintió deseos de pisotearlo como se pisotea lo que injustamente nos ha tiranizado con una apariencia de fuerza. No quería reservarse nada, ni el más pequeño búcaro. La portera, al descolgar unos grabados de Rops, le dijo, sin sospechar que le hacía daño:

—Estas estampas puede llevárselas el señor al taller.

Pero él se las dió á uno de los cargadores, que las enrolló pausadamente mientras pensaba qué podría hacer de ellas.

No quiso guardar nada, nada. Una estatuita de formas ambiguas y cara en la que una tranquila sonrisa ocultaba un volcán de depravaciones—mármol que pudo ser obra y recuerdo de uno de aquellos artistas del buen tiempo italianos—, estuvo largo tiempo en un bolsillo de uno de los hombres, golpeándose contra todas las cosas. Las polveras, los estuches de formas irregulares, los frascos de esencia, todo, fué repartido con prodigalidad. Una criada del piso vecino que acudió al reparto, tuvo que limpiarse las uñas para justificar el regalo de una lima de plata.

Al trasladar los muebles, de sobre un armario cayeron varias cartas de amor...

La noticia de su mudanza de fortuna se difundió pronto. En una tertulia de españoles que se reunía algunas noches en el café Steimbach, se comentó el hecho, y aunque nadie pudo afirmar nada, en el tono de todos hubo

algo insidioso, algo espurio. Un joven pintor aventuró la primera censura:

—De esa manera no se puede vivir mucho tiempo.

Y otro, un caricaturista á quien sin duda los espejos incitaban á tomar venganza, acentuando las irregularidades físicas de los demás, completó:

—¡ Veremos si se atreve todavía á presumir !

El señor Craud, al ser interrogado, aseguró no saber nada. El recibía en su casa á Aurelio Zaldívar, porque, « como n die había dejado aún de recibirlo »... Aseguraba no saber, pero su gesto parecía desmentir su frase. Y en todos los espíritus quedó la certidumbre de la verdad ; pero de una verdad entrevista al través del prisma de la antipatía ó del prisma turbio de la indiferencia.

Guillermo Aders, acariciándose los largos bigotes gascones, para poner fin á aquella conversación que le impedía ser el centro de la tertulia, dijo con su voz melosa, mirando al techo:

—Mientras Zaldívar quiera vivir así, lo pasará mejor que los que hacen antecámaras de dos horas en *Le Rire* y los que pintan horrores para la casa Garnier. Tiene una cosa que le impide vivir miserablemente: es generoso.

Y cambiando de tono, confidencial:

—Yo fui quien le presentó á mister Velist. Me han dicho en el « Napolitani » que el inglés no está ya en París

Habló después de sus duelos y de sus queridas. Hablaba bien, con palabras plenas de color y desmayo. Veíase que no estaba contento sino cuando era escuchado, cuando era el más fuerte. Al llegar Ricardo Nors, su charla languideció, y fué al fin á sentarse junto á un grupo de franceses, en el que, al poco tiempo, llevaba la guía de la conversación, nombrando con familiaridad á los artistas más ilustres de Francia. Los pintores españoles del « barrio » lo adulaban, ya sometidos por su supremacía intelectual, ya en espera de una mención elogiosa en cualquier periódico. Como hacía todos los días un artículo, decía casi todos los días una tontería. Y los pobres pintores confiaban en eso. Eran mezquinos, estrechos de espíritu, pocos en necesidades morales. Tal vez sus almas habían sufrido el contagio de sus cuerpos faltos de higiene cotidiana.

Ricardo Nors saludó á todos sin darles la mano. Aun sin hablar imponía su superioridad, y su mirada seca daba la sensación de una atención siempre vigilante. Guillermo Aders lo estimaba secretamente, pero no lo quería ; Nors quería á Aders sin estimarlo. Desde una mesa á

la otra se saludaron; Aders en alta voz, Nors en voz baja:

—¿Cómo va, insigne filósofo?

—Viviendo lentamente. ¿Y usted?

Por la calle, dominando el estrépito de los *autobus*, pasaban con tumulto esos pobres bohemios obstinados en mantener viva la triste y bulliciosa época de Murger. A veces, vistas desde el interior del café al través del marco de la ventana, en la noche límpida iluminada por la luna, las parejas de melencidos vestidos con trajes anacrónicos, y de mujercitas ajadas, pintadas y flexibles, hacían pensar en el teatro. Porque aquéllo tenía un aire inevitable de ficción, de parodia tal vez; porque se sabe que el alma de aquel tiempo se fué, y que es inútil pasear las cabelleras, los rostros cetrinos é imperitinentes, los ampulosos sombreros, las pipas. La bohemia profesional de hoy tiene la tristeza, á la vez macabra y grotesca, que tendría una momia articulada.

A la tertulia llegó el señor Polo Lara. Era una de esas personas á quienes la experiencia permite decir las vaciedades con autoridad. Desde el año 70 estaba en París, pero siempre con carácter transitorio, sin decidirse á poner bien su casa. Se interesaba apasionadamente por las cosas de todo el mundo, y en cuanto presen-

tía á un español se acercaba á él, se presentaba por sí mismo y comenzaba á hablar de Madrid. Pero como citaba todas las calles con sus nombres antiguos y mezclaba en la conversación nombres de gentes muertas, daba la impresión de un superviviente de otra edad. Para él los apellidos no existían: Cánovas era Antonio; Margall, Pí; la Lamadrid, Carlota. Vivía en París de profesiones heterogéneas: comerciaba en vinos, transmitía noticias telegráficas á un periódico y había traducido un libro de cocina, que, en vez de llevar el poco reverente título «No sólo de pan vive el hombre», tenía esta portada tan inverosímil como elocuente: «Manual del perfecto salchichero, traducido directamente del francés por Santiago Polo Lara, doctor en Teología». A pesar de esto, era muy aficionado á la literatura: tenía en su casa quince libros y todos los había leído.

Al verlo Guillermo Aders vino, deseoso de reír, á ocupar el sitio que Nors dejó vacío. Y comenzó á hacerle narrar sus aventuras con los apaches y las múltiples amenazas de muerte que diariamente recibía.

—¿Cómo se arregló su asunto con López?

—Hombre, verá usted...

Y aquí el señor Polo Lara, doctor en Teología, lanzábase en una tortuosa narración, según la

cual López era un desagradecido, un canalla, un provocador y un cobarde. Probablemente en aquel momento López contaba en algún otro café de las cercanías la misma historia con cargo á la honorabilidad, á la gratitud y al valor del Polo Lara. Sir Gualter Raleigh rompió su *Historia de la Humanidad* al ver que dos testigos de un mismo hecho no podían acordar sus testimonios; Guillermo Aders, menos concienzudo, se adhirió á los juicios contra López con la misma vehemencia con que se hubiera adherido á las opiniones de López sobre Polo Lara. En principio se adhería á las opiniones en contra de todo el mundo. Durante media hora el señor Polo Lara era divertido. Su espíritu experimental manifestábase en un detalle que, comenzando por ser gracioso, concluía siendo abrumador: guardaba en su cartera los trámites epistolares de todos sus asuntos y los leía implacablemente, mirando por encima de las gafas que sujetaba á la punta de la nariz. Aquella noche leyó tres cartas de López y el borrador de una suya que «casualmente» tenía en el bolsillo. Poco á poco todos fueron desatendiéndole y la conversación general ahogó su voz. El se dió cuenta al comenzar una carta de dos pliegos, pero continuó la lectura.

Mientras Polo Lara leyó, Aders bebía cerve-

za. Sin que tuviese necesidad de pedirlo, un camarero obeso y confidencial le iba cambiando los bocs en cuanto los vaciaba. Su querida llegó á buscarle, y, como todas las noches, le riñó por su manera de beber. Aders, como todas las noches, respondió que el alcohol era un sedante para él, y lo decía en francés y en castellano, para que no quedara nadie sin comprenderlo.

Pidió una copa de coñac, y señalando el vaso de limonada que Nors tenía ante sí, le preguntó:

—¿No le excita á usted eso? Yo no puedo resistir á los ácidos vegetales; son los músculos los que se me emborrachan. Si bebiera sólo medio vaso me ponía nervioso.

Y Nors, puesto ya el sombrero para irse:

—A mí me sucede igual que á usted: me pone nerviosísimo; pero necesito estar así para trabajar.

Como su querida, que venía aún con la pintura con que saliera á escena, en los párpados, en los lóbulos de las orejas y en las uñas, tenía que cenar, Aders se despidió. Al salir, cuando ya se había empezado á hablar mal de él, volvió, é inclinándose por el ventanal:

—Aquí tienen ustedes á Aurelio Zaldívar—
anunció.

En el grupo de pintores hubo el pensamiento

unánime de tomar revancha. Las manos se ocultaron bajo la mesa y los rostros se fruncieron en un gesto de desdén. El caricaturista propuso:

—Lo que es hoy hay que hacerle saber que somos más que él... No tiene vergüenza el que lo salude.

Fué la primera vez que el señor Craud y Sebastián no estuvieron de acuerdo. Sebastián recordó que una noche, soliviantado por una chanza de madame Luzis, estuvo á punto de dejar salir antes las patillas heroicas del almirante, una de esas frases de cuya genealogía netamente española pudieran dar fe los carreteros de todas las épocas, y que Aurelio Zaldívar, yendo en su ayuda, lo evitó. Con la simplicidad de los hombres fuertes decidió su actitud. Su voz compacta de coloso hizo volver las cabezas á todos los que estaban en el café:

—¡Aurelio, Aurelio... Venga á tomar con nosotros un boc!

Y mientras Aurelio se acercaba, dirigiéndose en tono bajo y duro á los pintores:

—Todo el mundo tiene que saludarlo... ¡Al que le eche la menor indirecta, le rompo los morros!

Las manos que esperaban negarse á la de Aurelio Zaldívar, volvieron á colocarse encima de la mesa, y en los rostros se deshizo el gesto de

desdén. Sebastián poseía las dos principales cualidades hijas de la memoria: era rencoroso y agradecido.

Aurelio se sentó. Su mirada lejana, su rostro desmejorado por las vigiliias, hacían pensar en la tristeza. Miraba vagamente todo aquello, como algo indeterminado que se ha soñado. Estaba allí, sin estar allí. Era su alma desunida, y no sus ojos, los que miraban.

Los pintores pudieron regocijarse, creyendo que su conjuración de hombres honrados no le había pasado inadvertida. Y no era eso: lo que había en el rostro de Aurelio Zaldívar era extrañeza. Aquella había sido su reunión durante mucho tiempo, y, súbitamente, nada de aquello le interesaba. Veía todo con sorpresa y con desvío. Y era la primera vez que no le interesaban las cosas exteriores, porque era la primera vez que sentía que pasaba algo dentro de él.

Había recibido por un mandadero estos renglones de Natalia Roca:

«Amigo Aurelio: Le ruego venga á verme en seguida que tenga un momento libre. Puede usted hacerme un gran favor. He escrito á don:

Juan Antonio Méndez, pero está hoy en Trouville. Gracias de su desolada amiga, *Natalia*.»

Estas palabras vagas y apremiantes, vinieron á revelar un secreto: amaba á Natalia Roca. Era el juicio de ella el que más temía. Muchas veces, en los momentos en que al ver derrumbarse su casa y sentirse solo, rotos los lazos que le ligaban al ayer, frente á un porvenir duro é incierto, fué ella quien le impidió no dejarse coger otra vez por los tentáculos de la vida viciosa que lo solicitaban. La impresión del júbilo que lo poseyó al comprender que en aquellas frases ella le decía que su ayuda era capaz de substituir la de don Juan Antonio Méndez, hízole recordar todos los detalles de sus relaciones. Si ante las demás mujeres siempre había sentido el deseo de parecer físicamente bien, ante Natalia Roca se esforzó, por anhelo involuntario del instinto, en mostrar cualidades morales. Los cinismos y los escepticismos morían hasta en su pensamiento cuando el recuerdo de ella estaba próximo. Aquella mirada suave mandaba en su vida más que todos los tratados de moral.

Recibió la carta muy temprano, y mientras se vestía, las interrogaciones tomaron por asalto su intranquilidad. ¿Qué podría ser? ¿Estaría enfermo el niño? ¿Para qué podría necesitarle?

Y sobre todas estas dudas, dominando la incertidumbre, su alegría hubiera querido decir esta frase: «Sea para lo que sea, ella ha tenido necesidad de ayuda y me ha elegido.»

Vistiéndose con aceleración, tuvo que hacer casi todo dos veces: el nudo de la corbata quedó torcido, dos botones de un chaleco fueron saltados, con la punta de una bota rompió el dobladillo del pantalón. Cuando ya estaba vestido, sintió detenerse un coche frente á la puerta de la casa. Tuvo el presentimiento de que en aquel coche venía alguien á impedirle ir inmediatamente á verla, y se sentó á esperar. Al sentir el crujido de los últimos peldaños de la escalera y el ruido del timbre, se levantó á abrir, sin sorpresa.

Era un joven de Madrid, á quien conocía vagamente. Su madre le enviaba con él una de esas cartas con que todas las madres, hasta las más incultas, saben conmover á los hijos, y al fin, luego de dulces reproches y consejos que lastimaban la carne viva de su conciencia, rogábale que acompañase por París á aquel muchacho que, de paso para Londres, había tenido la amabilidad de llevarle una carta.

Quando hubo concluído la lectura se volvió dolorosamente hacia el importuno:

—Estoy á su disposición—ofreció.

—Gracias. Su mamá me dijo que usted me enseñaría París.

—Sí, lo que usted quiera.

—Yo vengo decidido, ¿sabe usted?, á verlo todo. Usted conocerá bien los rincones de París: Montmartre, los bulevares, el Jardín de Plantas, alguna casa de cocotas lujosas, los Museos. Tengo dos días libres... Ahora voy á Londres á aprender el inglés, para irme más tarde al Brasil.

—Sí, mamá me dice... ¿Quiere usted que salgamos?

—Dejaré aquí esta maletica. El equipaje grande está en la estación. No me hace falta nada... Tiene que perdonarme. Hoy le cojo á usted por mi cuenta... Hay que verlo todo.

Salieron. Aurelio tenía la seguridad de que lo dejaría en cualquier sitio para ir á casa de Natalia. Tomaron un coche, que los llevó por los Campos Elíseos hasta la Plaza de la Concordia, y luego por la calle Royal. El muchacho, sin querer confesar su sorpresa, preguntaba poco, y cuando Aurelio le mostró el Arco de Triunfo, los Inválidos, el Palacio de Borbón, el Obelisco y las columnas esbeltas y auteras de la Magdalena, decía: «Sí, sí», con aire de conocerlo todo.

Sólo en la Plaza de la Opera, al detenerse junto á ellos un automóvil que venía á gran ve-

locidad, encogió el cuerpo y dejó escapar estas palabras casi bíblicas: «Me parece que todo ha concluído». En esto fué lo único en que París no defraudó sus ilusiones.

Para no desesperarse, Aurelio pensó que era mejor no ir en seguida á casa de Natalia Roca. Darle una impresión de prontitud era, al mismo tiempo que dársela de adhesión, de holganza. La carta debía haberle encontrado trabajando ó tal vez fuera del estudio... Y esta suspicacia le servía de consuelo.

Decidieron dar una vuelta por El Louvre, y Aurelio, resuelto ya á dejar á Julio Nieto durante el medio día, le ofreció llevarle por la noche á recorrer las estaciones de la cuesta fascinadora de Montmartre: *El bal Tabaran, L'Abbayie Thelême, Monicau, Le rat mort y El Royal*.

En una de las salas de pintura encontraron á Ricardo Nors, que enseñaba el Museo á una comisión de obreros catalanes de paso en París. Comprendiendo Aurelio que Nors podía ser un recurso para el abandono de Nieto, se dispuso á esperar que concluyera. Estaban ante el Paraíso de Brughel, y mientras Aurelio oía la última parte de la conferencia, Nieto se asomó á uno de los balcones para ver la vasta plaza y las perspectivas luminosas del Jardín de las Tullerías.

Nors hablaba con lentitud y con seguridad. Hay elocuencias que al penetrarnos profundamente nos hacen pensar en el clavo que desgarra al empuje del golpe; la elocuencia de Ricardo Nors tenía la metódica tenacidad de un tornillo.

—Si, hay retratos, como el del hombre del guante, del Tiziano, que acabamos de ver, que nos sirven de documento físico de una época, descubriéndonos, más que la indumentaria y los modos de pergeñarse, las actitudes de los hombres frente á las cosas y la dirección de sus deseos—: casi todos los hombres se retratan como quieren ser vistos por los demás. Los cuadros sagrados, y sobre todo los prehistóricos, son documentos de las representaciones gráficas de los mitos religiosos. Y comparando uno á otro género de pintura, nos damos cuenta de cuán poco ha cambiado lo substancial. Sin duda la Ciencia y la Religión son dos paralelas que se encuentran en el infinito. Reparen ustedes que la Ciencia no ha podido destruir más que ciertos ornamentos excesivos, pero que ha respetado, no ya el esqueleto de todas las religiones, sino hasta los velos con que una fantasía antigua y sobria los cubriera. Hay tal fuerza en la ingenuidad con que los primitivos pintaron el Paraíso, que los innumerables

pintores que lo han imaginado después, se han limitado á alterar, sin gran osadía de inventiva, la disposición de las figuras, la expansión del paisaje, la clara benignidad del cielo. En las representaciones del Paraíso y del Infierno hay en los cuadros, como en los libros, una respetuosa monotonía. Los pintores, prisioneros de la necesidad de no ser originales, no se atreven á multiplicar ó interpretar la naturaleza. El Paraíso de los pintores es un jardín en donde nada da la sensación de que se pueda vivir en él sin trabajo. Ninguno se ha preocupado de poner en el rostro de Adán el bastante candor ó la bastante pesadumbre. Yo les suplico que piensen un momento en Adán. ¿Cuál de sus hijos, aun el más desgraciado, puede competir con él en desdicha? Sólo á él le ha sido negada la ventura que hemos disfrutado todos los hombres: Adán no fué niño; á los pocos días de nacer, sin la preparación de la infancia, sufrió ya los dos venenos que le segregó la serpiente: la consciencia y la necesidad. Adán debió ver acbarada su vida al saber que en cada uno de sus instantes estaba «sentando un precedente». Las puertas del dolor, que se nos abren poco á poco, se abrieron súbitamente ante él; tuvo que mirar al mismo tiempo hacia todos los horizontes. Su vida sensual tuvo que tener la intensidad de una lla-

ma, porque, dormitando en la nada las verdades que la inteligencia ha arrancado después al Universo, sus sentidos eran su única guía en el camino abrupto. Por eso nada más que los pintores profundamente místicos—Patinnir, Vander-Veyden, Pietrus Cristus—, han sabido poner inquietud innata en la carne de Adán. La sensualidad es otra ventana de la comprensión y el misticismo es una sensualidad del espíritu... Tal vez ustedes encuentren extraña esta manera de ver el Museo. ¿No es verdad? Pueden decirme con franqueza que cuanto les he hablado podía haberlo dicho igual aquí que en el Bosque de Bolonia ó en la Rambla de las Flores. Interesarlos con el aspecto anecdótico de los cuadros, es fácil y no es noble; aburrirlos con apreciaciones técnicas que les dejaran de esta visita á un santuario de belleza un sedimento de aridez, lo creo inútil. Al fin, el supremo interés de una obra de arte material está en las cosas ideológicas que nos sugiera... Mañana continuaremos viendo.

Nors accedió á la petición de Aurelio Zaldívar. Quedaron citados para almorzar en un Duval, cerca de Cluny; allí aguardaba á Nors su mujer, una jovencita insignificante que ponía todo su orgullo en el deseo de ser tomada por francesa. Descendieron. Los pasos tenían ecos

solemnes en las galerías, donde los sátiros de bronce y las ágiles dianas de mármol eternizaban sus actitudes bajo la luz del sol, que ponía un medio punto ígneo en el suelo por cada uno de los ventanales.

Nors, Nieto y los obreros siguieron por el puente de la Cité hacia el Museo del Luxemburgo, que se proponían ver sucintamente. Aurelio Zaldívar subió á un coche, y mientras se acercaba á casa de Natalia Roca, iba pensando: «Si hubiera tenido trabajo en el taller, en quitarme la blusa y vestirme hubiese tardado el mismo tiempo».

Inmediatamente notó que la calma con que lo recibía Natalia Roca era esa fatiga que sigue á un gran dolor ó un gran temor. Salió á abrirla ella, llevando al niño de la mano; aún había en la cara del niño huellas de lágrimas, y el brillo de la mirada de su madre y la curvatura de su cuerpo, decían que aquel llanto no era el llanto pueril de un niño de cuatro años. La impresión fué tan fuerte, que ni siquiera intentó Aurelio explicar su tardanza. Y comprendiéndolo Natalia, se adelantó á las preguntas que anunciaban sus ojos y tenían miedo de decir sus labios:

—Me ha de perdonar, Aurelio... Felizmente, ya no lo necesito... Siento haberle molestado en vano.

Aurelio se había sentado sin darse cuenta. El niño, junto á él, miraba de tiempo en tiempo hacia el pasillo, guardando en las claras pupilas verdosas algo del pasado terror. Aurelio le pasó el brazo por detrás del cuello y le besó en la frente con un beso largo. Natalia comenzó á hablar de cosas fútiles, con nerviosa aceleración. Sin mirarla, interrumpiéndole una frase, él le dijo:

—Natalia, dígame lo que le ha pasado.

Ella se detuvo, sorprendida por aquella interrupción que estaba esperando. Varias veces quiso negar, pero las mentiras se delataban al salir de su boca, y cuando las falsas explicaciones parecían tener más apariencias de verdad, la súplica tenaz de Aurelio las vencía:

—Dígame, Natalia... ¿Para qué me llamó?

—Le aseguro que era sólo un pequeño servicio, Aurelio... Nada importante, de verdad... Si otra vez lo necesito, lo llamaré.

—Dígame, Natalia.

—Pero si le aseguro que no...

—Dígame lo que le ha pasado.

Había tanto interés en sus ojos, tanta sumisión en el tono de sus palabras, que ella comprendió que era inútil negar. Mandó salir al niño, y cuando estuvo sola con él, siempre de

pie, sin lágrimas, pero con un sollozo trémulo en la voz, confesó:

—Y bien, sí, Aurelio... He estado á punto de sufrir una horrible desgracia. Al pensar en pedir socorro, me acordé primero de usted y luego de don Juan Antonio Méndez... Le mandé á buscar á él; no está aquí... Tenía que ser usted quien viniera.

Se detuvo. Pero Aurelio no volvió á preguntar. Sentía que no hacía falta, que en aquel momento lo iba á saber todo.

—Me amenazaron con quitarme el niño y pensé confiárselo á usted. ¿Verdad que usted me lo hubiera cuidado? Si me lo quitaran me moriría...

—¡Oh... Natalia!

—Felizmente, por ahora, todo ha pasado. ¡Cuánto he sufrido, Aurelio!

Volvió á detenerse. En un instante pasaron por la memoria de Aurelio cuantas cosas había oído decir del matrimonio de Natalia, del marido jugador y desalmado, que luego de explotar su resignación al recibir en silencio los golpes, al verle dilapidar su fortuna, la encontró al fin firme para defender la exigua herencia de su hijo. Desde el día de la separación, su vida tuvo la intranquilidad del pastor que teme al ave de rapiña invisible y próxima; fué una existencia de cotidiana abnegación; una de esas he-

roicidades humildes que no son la explosión del miedo ó de la temeridad, y que no necesitan para producirse que ocurran cosas extraordinarias. Ella le dijo todo con la mirada, y comprendió cuanto la indiscreción de los Craud le habría hecho saber. No fueron necesarias muchas palabras: las precisas para apoyar los puntos débiles de la explicación y la comprensión.

—Era él, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y está usted segura de que, al menos por algún tiempo, no hay peligro?

—Sí.

Hubo una pausa, en la que los dos miraban al suelo. Ella se había sentado, vencida. Aurelio titubeó varias veces antes de formular la última pregunta:

—¿Le tuvo usted que dar dinero?

—Sí.

No hubiera podido añadir nada. Con la cabeza baja sufría la vergüenza de su marido. Aurelio se puso en pie y quiso salir con el mismo sigilo generoso con que días atrás de su casa saliera don Juan Antonio Méndez. Natalia le tendió la mano. Fué una despedida muda, pero plena de esperanza, de gratitud. Una mano que aprisiona puede decir más que una boca que habla. El niño, reflejada en los verdes ojos, muy

abiertos, la sensación de lo anormal, condujo á Aurelio hasta la puerta.

Por la noche, después de una cena excesiva, Aurelio acompañó á Julio Nieto en una excursión por Montmartre. Entraron un momento en la taberna «Le neant», cuya descripción lúgubre había leído Nieto en una revista. Aurelio accedió á todo, y si Nieto hubiera estado en condiciones de observar un solo hombre, cuando sus ojos se fatigaban con el cinematógrafo alucinante de la ciudad, el diferente estado de ánimo de Aurelio, habríale hecho pensar que también él, á pesar de vivir mucho tiempo allí, era sensible á la influencia del París nocturno. Decididamente la realidad era más pálida que la descripciones; las fotografías tenían mayor encanto. Pagaron veinte francos en «Le rat mort» por una botella de champán. Y allí, entre el ruido de la música y el de la gente, deslumbrados por la luz que rebrillaba en las paredes pintadas de blanco, Nieto y Aurelio se abandonaron cada uno á sus pensamientos. Nieto, á las desilusiones que no se quería confesar; Aurelio, á dar formas concretas á las cosas inauditas que estaban ocurriendo en su espíritu. La decepción de

Julio Nieto crecía: encontraba á París poco francés; hacíale daño oír hablar español á los músicos, á las bailarinas que pedían ser invitadas á una copa; á dos muchachos sudamericanos que pegaron á una florista después de insultarla con voces á la vez melosas é iracundas. Aislado en el alocamiento del *cabaret*, dos verdades, una sombría, la otra luminosa, se revelaron á Aurelio: el plan que se había trazado no podía torcerse. Cuatro meses más de vida descuidada, y luego á América, al fracaso, á la tarea ruda, á la inquietud, al triunfo tal vez: al alejamiento de Natalia de cualquier modo. ¡Pero ella lo quería! Esta era la segunda verdad. Su instinto le hacía ver sin engaño la cruel disposición de los hechos: era preciso que renunciase á ella para no renunciar á ser querido. La idea de llegar á ser despreciado por Natalia le punzaba el espíritu, y la certidumbre de que ese desprecio llegaría, si renunciaba al sacrificio, acrecía el dolor de la herida. Y pensaba: «Soy muy desgraciado; la encontré, y tengo que alejarme... ¡Pero ella me quiere, me quiere!» Y la alegría que le daba esta verdad parcial era tan viva, que, esclareciendo todo el primer término de su consciencia, hacíale olvidar el fondo de su vida, su pasado, su porvenir. Y aunque el júbilo de saberse querido cegaba sus ojos para to-

das las demás cosas, seguía diciéndose: «Soy muy desgraciado, muy desgraciado», por esa terrible costumbre que tenemos de jugar con las palabras importantes.

Julio Nieto cumplió casi todos sus deseos, porque no hay realizaciones absolutas. Vió el Jardín de Aclimatación, estuvo en todos los restaurantes de Montmartre, cenó en un café del bulevar, entró por una puerta del Museo del Louvre y salió por otra; pero no pudo gustar la miel del amor en la boca de una francesa. La única mujer que se ofreció, ya al fin de la noche, cuando todas las esperanzas habíanse ido poco á poco marchando del brazo de otros más afortunados, resultó ser española, de Oviedo; y Julio Nieto tuvo que aceptarla, por no ir á dormir solo al hotel, y por patriotismo.